



Hermanos:

Cuando en la Cuaresma pasada, por el Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías, nos fue insinuado primero y casi comprometido posteriormente el ser Pregoneros, en principio existió la negativa total por miedo ante la responsabilidad; luego, la aprobación de la propuesta de ser Pregoneros para el año 1986, fue acogida como una «gracia» y distinción que se nos hacía, tomándose con gran agradecimiento, por un lado, y por otro, con un margen de temor.

Tenemos que agradecer también a nuestro antecesor, D. Andrés Bojollo Arjona, quien, en su exaltación, «floreó» a nuestros hermanos los músicos y a nosotros de esta manera:

**«Que no se esterilice la tarea de músicos y cantores,
columna vertebral de la Semana Santa».**

Al mencionar esta frase, nos acordamos:

En primer lugar, de San Agustín, quien en su obra dijo: *«Quién canta reza dos veces».*

En segundo lugar, de un humilde párroco de pueblo, el cual nos relata: *«Durante bastantes días, un campesino, y al atardecer, según su costumbre, entraba en la Iglesia y permanecía durante horas sentado en un banco, mirando fijamente hacia el Tabernáculo sin hacer ninguna clase de signos externos. Ante tan prolongadas visitas y estancias en la Iglesia, un día decidí abordarle y le pregunté el por qué de su permanencia durante tanto tiempo en el interior del Templo. A lo que el campesino contestó: «Yo le miro y el me mira».*

En tercer lugar, de un ilustre pontanés, D. Manuel Pérez Carrascosa, quien en su obra decía:

**« Y jiqué las roillas en tierra
y en mis ojos se saltaron las lágrimas
y resé sin habé aprendio
que pa Dios no hasen falta palabras
quien no sabe resar con la boca
resa con el alma».**

Hermanos, nosotros no venimos aquí como poetas, pues ninguno lo somos. Nos presentamos ante vosotros con lo mejor que sabemos hacer durante la Cuaresma y Semana Santa o con lo que podemos aportar: nuestras voces, lo único que pedimos, tanto músicos como cantores, es que nuestra Semana Mayor siga engrandeciéndose.

Pretendemos, dentro de una humilde postura, presentar un modo fácil y sencillo de rezar.

Desde hace muchos años, todas las Cofradías y Hermandades celebran los cultos a sus respectivas imágenes, y nosotros, en la medida de lo posible, participamos en todos ellos, aunque a todos nos es imposible asistir, ya que no tenemos el don de la ubicuidad.

Durante bastante tiempo, se han ido sucediendo varias generaciones de cantores de modo sencillo, simple, sin dar importancia y que con humildad han cumplido una misión.

Y nosotros nos preguntamos: ¿Es importante la misión que nos entregaron los anteriores?.

Ante esta interrogante se nos viene a la mente la figura de Goya. Este genial pintor, elevaba a la gente del pueblo a la categoría de héroes nacionales. El hombre anónimo quedaba inmortalizado en sus obras.

No es que nosotros queramos elevar a los que nos han antecedido a la categoría de héroes populares, pero si, en estos momentos, quisiéramos recordar a muchos de los que se fueron y han tenido tanta trascendencia en nuestra Semana Mayor. Trataremos de recordar a los que, gracias a su labor, hicieron posible el que hoy estemos aquí ante vosotros.

Distinguiremos **cinco** épocas:

PRIMERA: De 1890 a 1936.- **L**a más rica en compositores como Miguel Gant y José Arcos, y poetas como Miguel Romero, Agustín Rodríguez y José Cabello.

SEGUNDA: De 1937 a 1950.- **E**s la de Don Isidro Toledano Castro, impulsor del Coro y creador de la Schola Cantorum «Santa Cecilia», auxiliado por diversos organistas franciscanos y buenos músicos de la época.

TERCERA: Época de Joaquín Ruiz Millán.- **C**antor y músico en quién delega Don Isidro al ser nombrado éste, Chantre de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba. Colaborador con Joaquín Ruiz, fue el reverendo Padre Fray Andrés Orellana, organista y Francisco Cuevas Lira, músico, cantor y compositor.

CUARTA: De 1965 hasta 1975.- **L**lamada época pos-conciliar. El reverendo padre Andrés marcha de esta localidad y le sustituye como organista Francisco Cuevas, continuando como director Joaquín Ruiz. En julio del 1973, fallece el maestro Francisco Cuevas y le sustituirá su hijo Antonio.

QUINTA: A partir de 1975.- **P**or razones de salud, Joaquín Ruiz comienza a dejar paulatinamente la dirección del Coro, haciéndose cargo del mismo Antonio Cuevas Núñez. ¿Cuántos músicos y cantores habría que recordar? La lista sería muy larga. ¿Cuántos compositores y poetas? ¿Quién de los aquí presentes no recuerda esta letrilla?

Un pueblo muy especial es este Puente Genil
que en llegando la Cuaresma santos se suelen sentir.
En Quinarios, Sermones y Letanías...

¿Quién no la conoce?... ¿Quién no la ha cantado? ¿Su autor?.. ¡Que importancia tiene!
¿Cuántos y cuántos hay anónimos?

Nos parece que todos sabemos cantar “La Alondra”. Pero, ¿se acuerda alguien del autor y autores?. Entes anónimos, pero si los conociéramos no nos importaría dedicarles un monumento. Aquí, hermanos, radica la importancia de los músicos, poetas y cantores: ¡el anonimato!.

¡Pero qué grandeza cuando en las Corporaciones se oye cantar al Nazareno su Pasión o pedir perdón por las culpas o implorar «Madre dame tu amor»!.

Pues lo que ya hicieron nuestros mayores, cantar a la Semana Mayor y a nosotros nos entregaron es lo que trataremos de hacer ahora, para que los cantores del futuro vayan recogiendo. Aquí estamos, pues, para dar continuación a las ya descritas épocas y poder entregar la Antorcha a las generaciones venideras.

(Sale el coro)

A medida que el invierno se aleja y cuando se acercan los aires y cielos primaverales. Cuando ya comienza a oírse los alegres sonos de cohetes y campanas, que impregnan de alegría el corazón pontano y que nos llaman a los primeros cultos cuaresmales. Cuando en los labios del mananero resurge con fuerza la palabra «**HERMANO**». Cuando empezamos a escuchar los primeros redobles que nos dicen que el Imperio, con su bullicioso tropel, avanza hasta ascender a la Cumbre que corona nuestras ansias y que tanto amor despierta. Cuando entre alboroto, bengalas y alegría manifiesta se oyen clamores religiosos y profanos y bajo el Pórtico se escuchan los primeros Misereres como ofrenda en oración a nuestro «**Terrible**», compaginados con las voces de nuestras saetas... ¡En nuestro pueblo se está gestando el «**Milagro de la Mananta**»!.

Luego, la Plaza del Calvario se quedará casi desierta, el tropel romanil se irá alejando. Esparcidas por diferentes rincones, las ya habituales Corporaciones con el alma agrandada como la misma Plaza. Impulsadas por los corazones, las bocas cantan.

Unas, agrupadas bajo el Pórtico; otras, al pie de las Cruces; las más, en apretado coro, pero todas apiñadas bajo su Divina Mirada. Nadie para de cantar, puesto que si lo hiciesen, hasta las mismas piedras querrían seguir su canto. Todas quieren abrir su corazón al Padre, todas quieren consolar a la Madre.

En un rincón, una cuartelera. En otro, una Alondra. En el centro se abren unas voces al entonar un cántico, como la mejor de las oraciones. Hoy aquí, ante su bendita presencia, como en muchas otras ocasiones, nosotros, venimos a postrarnos ante **El**, una vez más, para pedirle su ayuda y que nos conceda lo que tanto ellos como nosotros le cantamos.

Cantemos tu gloria,
la frente humillando,
Señor, recordando
tu amor y humildad.
Salvarnos los hombres
a Ti lo debemos
y así celebremos
tu amor y humildad.

(Letra: A. Rodríguez)

(Música: J. Arcos)

Estamos en el tercer domingo de Cuaresma. Son las ocho de la mañana. La calle, aún permanece desierta. Parece que de la noche anterior aún vibraran las notas del Stabat Mater, que la música del Imperio, le dedicara a la Madre. Poco a poco, y por las diferentes callejas que dan a la de Don Gonzalo, han comenzado a llegar los hermanitos. Vienen en racimos, del brazo, las familias enteras. En los pequeños, aún se nota, como si hubiesen huido del agua, los efectos del sueño.

Es domingo y es el día de la fiesta. Todos vienen con alegría manifiesta. Suenan los cohetes que llaman a saludar a la Madre. Entre los sonos de las cuerdas y el agudo de las campanillas y a requerimiento de un solista, como si de un eco se tratara, van repitiendo la salutación del Rosario de la Aurora. Luego cantarán a la Madre una copla sencilla. La misma que en la noche del Miércoles Santo, y cuando ya el Señor de la Humildad, siguiendo su pauta habitual, ha subido la cuesta al son del pasodoble que lleva su nombre, el último paso, el de la Madre que preside el día, allá como estancado en la salida del Caño Carretas, rodeada por todos sus hermanitos, que ya presagian que su visita al Pueblo se acaba, con su canto pretenden consolarla.

Hoy es Domingo de Ramos. Nos faltan aún tres días, tres siglos para verte en nuestras calles. Pero hoy, anticipándonos al Miércoles Santo, también queremos cantarte:

A Ti Virgen Santísima
que angustiada estás,
quisiera consolarte
con mi amor filial.
¡Oh, Madre querida!
que sufriendo estás
las más amargas penas
que ha sufrido el mortal.

(P. Otaño. S. J.)

Cuando éramos niños, existía un pequeño juguete llamado calidoscopio. Durante horas, le dábamos vueltas, componiendo las diferentes figuras geométricas de colores, a cual más sugestiva. De tal manera nos deleitaba, que pasábamos horas enteras con él. Este recuerdo infantil, tiene una similitud con cualquier escena que presenciemos en los desfiles de nuestra Semana Santa. Situémonos en la mañana del Viernes Santo, en Santa Catalina. Nos llama la atención la cantidad de colores que se mueven en la calle. Desde las túnicas negras de los

penitentes, las moradas de los hermanitos, los ropajes de las Figuras y las diferentes escuadras del Imperio Romano, hasta el sol, que ya ha salido de modo fulgurante, coopera a darnos una sinfonía policroma. Todos los componentes forman una unidad global de dicha escena. Para un pontanés, todas las piezas de este enorme puzle, encajan perfectamente, pero... ¿qué piensa un forastero?.

Quizás tantas sensaciones, le resulte imposible de asimilar. Es lo mismo que al hablarle de Hermandad: de que él es un hermano. Nada más lejos en su imaginación de que sea la más pura de las realidades. Porque el que pone los pies en Puente Genil con el corazón abierto, está en su casa. No hay distinciones. Es un hermano.

Podríamos hablar de miles de ejemplos de forasteros que una vez situados en el entorno «mágico» de la Mananta, se han convertido en hermanos.

¿Quién no recuerda a Don Calixto Doval?. ¿Quién recuerda que no tuvo su cuna en esta bendita tierra?. La hospitalidad es la clave. Pero nuestro pueblo no se ha ceñido a la hospitalidad entre personas. Nosotros, hacemos también nuestro, todo lo que nos viene y se asienta en nuestro corazón, como el más propio de los anfitriones. Es el caso de la mayoría de los Santos, que tanto veneramos y que tanto queremos. Es el caso de tantos Pasodobles y Marchas, que al mostrarnos sus notas, nos hacen vibrar desde lo más íntimo.

Los queremos: Por eso son nuestros.

También se da esta circunstancia, en muchos de nuestros cantos, que al oírlos, nos producen una explosión de amor y devoción ante nuestras imágenes. A continuación, uno de ellos. Una copla, que aunque no fue escrita aquí, es nuestra: ¡Porque la queremos!.

Mira ingrato pecador
mira tu amado Jesús
clavado por ti
en la cruz.
y expirar por ti de amor.

(Autor: Hilarión Eslava)

«...y nuestros limpios hogares
huelen a Semana Santa...»

¡Qué más se puede decir, de una mujer pontana!. Repasando lo que por poetas, músicos, cantores y pregoneros, se ha dicho, descrito y cantado de ella, nada más hermoso que las imágenes que nos sugieren estos sencillos versos de Miguel Romero.

Son multitud de pequeñas cosas. Es el encalo de la casa, la elaboración de dulces, o el apresto de esas túnicas, que ante Jesús o su Madre, vestiremos en su día o cuando El nos llame a su presencia. También será la perpetua e incansable colaboradora, de la gran trama que en estos días en «La Puente» se da. Unas veces, alumbrando, otras, ayudando a vestir a Maria Santísima, y en todos los casos, siendo el mejor espectador. ¿Qué sería nuestra Semana Santa sin nuestras mujeres?. Pero este continuo desvelo, es especialmente destacable en el Día de la Cruz:

A su amor como mujer a la Semana Santa, se le une el amor de madre. Como con los mayores, no se le escapará ningún detalle. Los dos dedos que le faltan a la tuniquilla, que el año pasado vistió el pequeño y que ya le ha quedado algo corta. El pulido de esa lanza que, por diminuta, parece perderse entre sus manos, o esos minutos, antes de la Diana, que emplea en vestirlo de figura, con el mismo celo que empleara en su propia boda.

Es el Amor Maternal ante «la Mananta».
Es el Amor que tanto nos inspira María.

La última visión que nos da San Juan de Ella, es la de su exaltación como Madre al pie de la Cruz. El Hijo, muerto. Ella, descarnada en el dolor y el desconsuelo, llora a sus pies. Es el eterno ejemplo de Amor Maternal. ¡Hijo, he ahí a tu Madre!

Stabat Mater Dolorosa
Juxta Crucem Lacrimosa,
Dum Pendebat Filius.

**(Secuencia e himno de
la Virgen Dolorosa)**

Jesús sale del Huerto de Getsemaní. Ya la turba mustia lo lleva prendido. Pronto comenzará su Pasión. Estas escenas las viviremos intensamente en la Puente, reflejada en los pasos que hacen estación en la noche del Jueves Santo: Jesús prendido y amarrado a la Columna.

Nuestras calles se transforman en este día en el escenario de la Pasión que conduce a la Cruz. A pesar del jolgorio que se da en estas calles, en el interior de los pontanos hay un sentimiento bastante alejado de que todo quede en eso. Quisiéramos reflejar una imagen íntima:

El hermano Mariano Carrillo que durante toda su vida manantera, y a pesar de su ya avanzada edad, aún sigue subiendo al Calvario. Su meta, al igual que la de Jesús, es la Cruz. Hoy, ayudado por sus hermanos de Corporación, y a duras penas, consigue llegar a ella. Luego allí, frente a la Ermita, en aquellas cruces de piedra, testigos mudos del fervor de nuestros antepasados, y que manos sumamente piadosas, han velado para que el deterioro producido por la intemperie y los tiempos sigan dando testimonio del fervor religioso pontano; cuando nuestro hermanito consigue llegar, se deja caer sobre esa cruz de piedra que siempre es la misma y como recuperándose un poco del esfuerzo, exclama al fin, mirando fijamente hacia su bendita casa:

¡Gracias, Jesús, por haberme concedido otro año más de vida, para poderme dejar caer en mi Cruz!. El encuentro que tiene este hermanito con su cruz tiene una similitud con aquel otro que tendría María con su Hijo, allá en la Vía Dolorosa en Jerusalén. Es Ella, con Amargura, con Lágrimas, con Angustia y con Dolor comprimido en su pecho, cuando contemplamos al Hijo camino de la Cruz.

Si en el Santo Lugar la perdiste,
a tu amado Jesús hallas luego
y conoces la voz que con fuego
entre doctos sapientes argulló.
En la calle amargura, ¡Oh, María!
ya le encuentras sangriento y agobiado
con el peso del leño cargado,
ese leño fatal, do expiró.

Por tus dolores ten compasión,
pide y alcanza nuestro perdón.

(Letra: M. Romero)

(Música: M. Gant)

Dentro de las muchas vivencias entrañables que puede tener un mananero, existen algunas que se diferencian de las demás. Son las mejores, las más intensas, las más sabrosas. El hecho concreto sería para algunos la continua preparación, durante gran parte del año, para, como diría la coplilla: «Pasar en la gloria cuarenta días».

Unos preocupados por las obras de reparación del Cuartel. Otros, cabilando con las ropas o agremanes de las nuevas figuras. Miembros de algunas Corporaciones preparan una caseta para perfilar el presupuesto del año. Hermanitos de alguna Cofradía piensan de qué forma ornar el Paso, que cada año debe lucir más. Esa labor callada y anónima, es la que consigue que, año tras año, los espíritus se superen. Para ellos cada Cuaresma comienza el Lunes de Pascua, con un año entero por delante. En esta ocasión, a nosotros se nos adelantó la Cuaresma. Un gran motivo nos lo proporcionó: «**El Pregón**». Ha sido francamente apasionante. Durante bastantes días hemos hablado con unos y otros para recabar la pequeña historia de nuestro pueblo, la que pasa desapercibida, la que tanto nos importa.

Las pesquisas nos han llenado de ideas, de motivos para querer a nuestro pueblo un poco más si cabe. Encontramos en estas incursiones que hemos hecho en el tiempo, una partitura que nos parece relevante. Todos conocemos a la que de algún modo digamos que es hija suya, es decir, su versión popular. Gracias a que algunas personas han sabido guardar celosamente parte del pasado, a continuación, llenos de respeto, os la cantamos en la forma en que fue escrita por su autor:

La Sangre Pura brotaba
por cuantas venas tenía
y un sudor frío le entraba
y el alma se le salía
a cada paso que daba.

(Letra: Popular)

(Música: M. Romero y arreglo de J. Arcos)

Son las cinco de la tarde de los años cuarenta. Cualquiera de ellos. Es época anteconciliar. El cielo esta encapotado. Es la hora del Quinario de Jesús. Dentro de la santería se oyen unas carreras desenfundadas. Son cuatro mozalbetes con amplias sotanillas moradas. Han sentido la pólvora de los cohetes y su ruido estallante, y, como ellos, quisieran volar al campanario. A tirar de la cuerda. El volteo se mezcla con los aires del cielo. De un cielo grisáceo que domina valle y ribera.

Al fondo la sierra. A su pie, un pueblo blanco. Entre ambos, un aire puro y nítido que nos eleva. Ya en el Pórtico, se van concentrando los hermanos. Arriba, en el Coro, comienzan a escucharse los primeros acordes de violines y contrabajos. El recogimiento se mezcla con la impaciencia. Unos le miran fijamente. Otros, rezan ensimismados. Comienza el culto. Se suceden los diferentes actos: Santo Rosario, lectura del Quinario y Sermón. El Coro se encuentra agrupado. En primer plano... el director: Don Isidro. Brazos abiertos, como si en su dirección quisiera transmitir el valor de lo Divino a lo Humano. Junto a él, los violines: Joaquín Ruiz Jurado, Francisco Tabares Mancilla y Arcadio Cuevas. A un lado la flauta: Jesús Gant Pineda, al otro, Manuel Dorado al contrabajo Frente a él, en el armonio. Silverio Corres, fraile franciscano. Al fondo, los cantores: tenores, barítonos y bajos: Manuel Prieto, Pepe Leiva, Manolo Carrillo, Joaquín Ruiz, Juanito Pineda, Antonio Chacón, Manuel Velasco, José Yerón, Jesús Gant, José Segundo Jiménez, Cristóbal Ruiz, Francisco Aguilar, Manuel Baena Berral, Francisco Cuevas, Manolo Palma, Manolo Ruiz, Wenceslao Aguilar, Rodolfo Delgado, Manuel Solano, Nicolás Chaparro, Manuel Chacón, Romualdo y Francisco Cabello Aguilera, José Cabello Montilla, Mario Reina... y alguno más posiblemente olvidado. Tras el primer Credo, y con un enérgico golpe de batuta comienza el canto:

cansado Jesús llega
al aspero Calvario
con la pesada carga,
que sufre por mi amor
la cruz lleva en sus hombros,
que mis culpas pusieron;
yo quiero descargar
¡oh, Dulce Redentor!
Perdona, Jesús mío,
perdona mis pecados
con él he renovado,
ingrato, tú Pasión.

(Popular)

Situándonos en la confluencia de las calles Madre de Dios y Antonio Baena, desde allí se divisan las casas de un poeta y un músico. Se trata de Don Agustín Rodríguez y Don José Arcos Cosano. Este dúo debió formar una unidad de espíritu. Ellos, separados por sus diferentes profesiones y destinos de vida, uno abogado y maestro, otro perito agrónomo, tenían en común unas características tan similares que los ennoblecían.

La primera fue el amor al arte. Ambos formaron parte de la Peña «**Amantes de las Bellas Artes**» que allá por los años veinte, se reunían en una casa de la Cuesta Romero y que denominaban «**El Rabiadero**».

La segunda, el Amor a su pueblo. Tanto el uno como el otro, bien con la pluma, bien con el pentagrama, cantaron a su pueblo con exquisita delicadeza y galanura.

Y en tercer lugar, su Amor al Humilde, hondo sentimiento religioso que tendrá su expresión en la Redención del género Humano por el Hombre-Dios. A estos dos hermanos uniéronse un tercero, que según nuestro sentir, fue el intérprete de sus sentimientos religiosos. Una mañana del mes de marzo del año 1977, celebrábase Misa de Comunión General como final de los cultos en honor a Nuestro Padre de la Humildad. Tras la palabra del orador sagrado, vibran los corazones; unas melodías de la marcha «Recuerdo» que surge de las teclas del órgano, hace que se vea la ansiedad pintada en los rostros de los distintos asistentes. Llega el momento crucial de la Comunión, Jesús va a entrar en nuestro pecho. En ese momento: hermano Manuel Velasco, que a causa de una caída que le impedía andar libremente, iba ayudado por unas muletas, se acercó al coro, al cual había pertenecido bastantes años, y por última vez, cual si se tratara de una despedida, y como portavoz de su hermano de sangre José y de su hermano de espíritu Agustín, entonó la plegaria que ambos compusieron a su medida e interpretación.

Hoy tenemos la seguridad que ellos ya estarán interpretándola en su Divina Presencia. Ya no les volveremos a oír cantar, pero será la fuerza de la sangre quien lo haga en su lugar.

Sentado en dura peña
el Rey del cielo postrado está
y el Poderoso, Creador de! mundo,
nos da el ejemplo de su humildad
y nosotros, pecadores,
correspondemos su bondad
con el pecado de la soberbia
sin darle muestras de caridad.

(Letra: A. Rodríguez)

(Música: J. Arcos)

Si miramos un mapa, en el que vengan especificados los pueblos de España, veremos que en uno de los múltiples puntitos que recoge nuestra piel de toro, pondrá con letra pequeña: Puente Genil. Si el editor de dicho mapa, hubiera estado con nosotros, vivido nuestras «cosas», catado nuestros caldos, o simplemente, se hubiese percatado de nuestra idiosincracia, estamos seguros de que no hubiese resistido la tentación de poner: «Cuartel de Puente Genil».

Y es que, hermanos, nuestro pueblo, está más allá del espacio físico que enclava. Está más allá de cualquier encuadramiento. Nuestro pueblo está en el corazón del que lo conoce del que lo vive y lo quiere. En el corazón del que, aunque a muchos kilómetros, puede oler un sábadro de romanos, nuestras bengalas y oír nuestras Cuarteleras o nuestros Pasodobles. Del que en cualquier momento, tal vez en un cuadro que preside su casa, o sencillamente, en una foto que celosamente guarda en su cartera, hace un alto, mira al «Terrible», y, como en el mejor templo, le reza una oración para sentirse un poco más cerca de El. Esos hombres de Puente Genil, que tan lejos están y tan cerca se sienten, son el máximo ejemplo de «mananterismo». Son los que hacen «Mananta» en cualquier sitio de España, o quizás, del mundo entero. Ellos son los que, más que nadie, necesitan de las fuerzas que les da la Madre, pues si no, el dolor les sería insoportable.

Valga este recuerdo, a esos hermanos que tanto queremos y que tanto quieren a su pueblo, a sus gentes y a sus cosas, como la más solemne oración para que Ella, desde arriba los proteja y los consuele.

Madre, divino consuelo,
del que padece quebranto,
ven a mitigar el duelo
del que va buscando el cielo
y halla desdichas y llanto.

Ábreme del cielo que anhelo
tu corazón sacrosanto.

Naufrago de los pesares,
sin luz ni brújula el alma,
dejo tormentosos mares
y al puerto de tus altares,
buscando vino la calma;

y aunque escuchó el encanto
de la pérfida canción,
no da la sirena espanto
mientras me abrigue en el manto
de tu dulce protección.

(Eurasquín)

(Sale el Coro, quedando solo el narrador)

No es que nos hayamos propuesto terminar este Pregón de una manera entrecortada y rápida. Sencillamente queremos a modo de pequeña pausa, contaros y a la vez ilustraros, una de las tradiciones más inquebrantables y que más desconciertan a fieles y a algún que otro predicador foráneo en cualquiera de las misas en que hacemos intervención. Esta se da siempre llegado el momento del Sermón: al comenzar a predicar el sacerdote, y como con resorte, los cantores comenzamos a desaparecer de la manera más disimulada y rápida posible. Como todas las tradiciones, tiene un principio, un porqué, y un sabor especial. ¿El principio?: lo situamos en la imitación a la antigua costumbre de Diáconos, que al terminar su lectura, pasaban a la sacristía para meditar, descansar o hacer algún que otro menester.

¿**E**l por qué?: muy sencillo. Como es bien sabido, los cantores tenemos durante la Cuaresma, la posibilidad de asistir a multitud de sermones llegando algunos días a tres consecutivos con las correspondientes carreras y prisas que esto conlleva, y sin poder tomar prácticamente, aliento entre una y otra. ¿Y el sabor?: no haríamos honor a la verdad si no reconociéramos que nos lo ofrecen los caldos que en nuestro Pueblo se crían y que «científicamente», creemos, están recomendados como un bálsamo muy bien indicado para aclarar las voces y humedecer las resacas gargantas. Ello, intercalado con algún chascarrillo que se oye entre sorbito y sorbito, nos ayuda a hacer amenos y fugaces los minutos con los que contamos, y a estrechar aún más la íntima relación entre nosotros. Quizás parezca a algunos

que cometemos un desaire con el propio predicador, pero él bien sabrá que nada más lejos hay en ello, ya que, ante todo, nos consideramos miembros activos de la Santa Madre Iglesia, la cual, por ser Madre y Santa, nos comprende y está con nosotros.

(Entra el coro de nuevo)

Para hablar de la Semana Santa en nuestro pueblo, hace falta hablar de sus hombres. De esos hermanos que hacen posible que el engranaje sea perfecto en devoción y amor. Pero, ¿cómo es el mananero en Puente Genil?

Querríamos proponer una definición: la prudencia y humildad, su ejemplo. La afabilidad y el querer, su forma de hacer las cosas. Su sensibilidad y amor al pueblo y a las imágenes que en él se veneran, su lema. Una segunda pregunta se nos ocurre: ¿Es necesario nacer en Puente Genil para reunir estas cualidades? Para contestar, nada más ilustrativo que singularizar en un hombre: Francisco Cuevas Lira. Si bien, no nacido en Puente Genil, supo captar y enlazar todas estas virtudes. La prudencia y humildad fueron la firma que plasmó en todas sus facetas como músico, prefiriendo quedar siempre en retaguardia de elogios y felicitaciones. De su afabilidad y su querer como auténtico «hermano» daríamos fe, con el profundo cariño que despertó entre este coro, al que perteneció hasta sus últimos días o sencillamente, con el que puso al unir a esos jóvenes, que como incondicionales, le siguieron en las distintas corales y rondallas que fundó, y que supo mantener con constancia y comprensión. Pero de su sensibilidad y amor a nuestra Semana Mayor, sólo tendríamos que referirnos a su fértil obra. Pasodobles al Imperio, del que formó parte en su grupo de música, misas Pastorales, Padres Nuestros y un largo etc. El espíritu de toda esta obra, se podría compendiar en la más solemne de las oraciones que compuso, resumen de su inspiración y devoción, con la que fácilmente nos hace sentirnos más cerca de Dios.

**Miserere mei deus
secundum magnan
misericordiam tuam.**

Salmo Penitencial (Música: Francisco Cuevas Lira)

Llegar ante Jesús. No hace falta que estemos en Cuaresma. Un día-normal, cualquiera del año. Uno de nosotros hemos pasado por la calle Aguilar y de pronto sentimos su atracción. No importa la hora, sabemos que Agustín Beltrán está allí: estará abierto. Quizás es una hora intempestiva de pleno verano. La temperatura es alta y el sol lanza unos rayos fulgurantes. Entramos en su casa. Solo lucen ante el altar las velitas que algunos penitentes han depositado ante El. Su presencia lo llena todo. Sentimos una inmensa emoción, es la misma que solemos sentir al cantarle. No hemos subido por cortesía, simplemente para hablar con El. Meditamos sobre el amor de un pueblo hacía el Padre. En este momento comprendemos al que escribió una plegaria y al mismo tiempo entendemos como se pudo dar el hecho que uniera estrechamente dos corazones.

En el año 1974, un hermano cantor tuvo que ser hospitalizado en la capital. Por aquel entonces, Don Isidro, que había sufrido en sus carnes la amputación de ambas piernas, en su silla de ruedas, fue a cumplir con una obra de amor: visitar a su hermano de coro. Antes de entrar en su habitación, pidió por favor, lo pusieron en pie para no impresionar al enfermo.

Ante la puerta, que ocupaba con toda su humanidad, comenzó a cantar una plegaria que ambos le dedicaron a su Nazareno. ¿Qué pasaría por sus mentes cuando ambos se abrazaron? Con lágrimas en los ojos sentirían su presencia: El canto los había acercado a El.

¡Ay, Jesús mío!
mis culpas fueron.
las que te hirieron.
Yo fui, yo fui.
Delirio insano,
amarga suerte,
yo dura muerte
mi bien te di

Tantos tormentos en esa cruz
solo por darnos vida y salud.

(A. Solís)

Si volvemos la vista atrás, y tenemos la leve tentación de pensar que «cualquier tiempo pasado, fue mejor», nada encontraremos más alentador que el saber que, en nuestro pueblo, ese sentimiento no vale. En Puente Genil, perduran las tradiciones: escenas que antaño fueron y que hoy permanecen o se recuperan, sencillamente, porque brota del interior de los Hermanos. Nos centraremos en cuatro ejemplos que, en los últimos años, han hecho vibrar el corazón pontano, cuando vemos mecerse a nuestras imágenes por las calles de «La Puente».

En primer lugar, el Sábado de Pasión, cuando nuestros Hermanos los Ataos procesionan a la Madre de la Guía, preludiando nuestra Semana Mayor.

En segundo, el Lunes Santo y será el Grupo de Costaleros de la Madre del Amor, el que con su esfuerzo, nos hagan vivir unos momentos álgidos en nuestra Mananta.

En tercero, los Hermanos de la Cruz y del Silencio que, aún siendo ambos reducidos en número, han tenido la suficiente voluntad y valentía, para hacer cierta la frase de «querer es poder».

Y en cuarto, los devotos de Nuestra Señora de las Angustias, que al igual que Ella, quisieran compartir el peso del Hijo Yerto.

Esta noble inquietud de enraizar y recuperar viejas tradiciones, también ha hecho su llamada en nuestro Grupo de Cantores. De un lado, fortaleciéndose año tras año, con la incorporación de nuevos miembros, con los que augurar una larga continuidad. De otro, con la continua búsqueda de viejas coplas que reincluir en nuestro repertorio. Muchas de ellas, durante años, han sufrido un letargo, y al ser recuperadas, han vuelto a tener la fuerza descriptiva con las que contemplar las escenas de La Pasión.

Virgen Santa que al pie del Calvario
tu dolor te pusiste a llorar,
deja, Madre, que a tu santuario
mis plegarias te venga a cantar.

Contemplemos cristianos piadosos
del Calvario la escena más triste,
el divino Jesús ya no existe
de los astros se apaga la luz.

Y esa Madre en la roca sentada
con el Hijo de Dios en sus brazos
vedla, ahí, con el alma en pedazos,
por nosotros, al pie de la cruz.

(Letra: M. Romero)

(Música: M. Gant)

Hoy hemos llegado un poco temprano a cualquier Junta Ordinaria del Cuartel. Haciendo tiempo para el comienzo de ésta, centramos nuestra atención en los cuadros que, de las blancas paredes, cuelgan. La mayoría son viejas fotos. En ellas se recogen a muchos hermanos que se fueron, y que, saltándose las más indiscutibles e implacables leyes de vida, permanecen ante nosotros, como los más Decanos, como los más vivos. Son esos hermanos, que dejaron en nuestro corazón, un singular sabor a gratitud y a admiración. Ellos permanecen ahí. Fieles a su cuartel. Como testigos y como jurado de nuestro quehacer mananero. ¿Cuántos de nosotros tenemos que recordar a nuestros antecesores, como el mejor ejemplo a imitar? Ellos estarán allí, con el Eterno Padre. En la misma mesa. Como en el Cuartel. Cantando unos Alondras o recordando tiempos pasados, y desde su Santa Mansión, sentiremos llegar del Todopoderoso:

«Vida de Gracia y Fuente de Amor»

Sepulcro Santo
santa mansión,
vida de gracia,
fuente de amor.

(Letra: M. Romero)

(Música: M. Gant)

Desde la Cañada de la Plata hasta el punto más alto de la Cuesta Málaga, están conjugados todos los amores de los pontanos. A través de la historia, se pueden contemplar las vicisitudes por las que ha pasado nuestro pueblo. Han surgido barrios nuevos. Cada calle en Semana Santa tiene su sabor particular. Unas veces en el Barrio Alto, otras en el Bajo. Pero al antiguo sabor, y por la ley inexorable de vida, a las vetustas placitas del Dulce Nombre, del exconvento de San Francisco, Veracruz y Calvario, se ha unido la de la Iglesia de San José.

Cada una de ellas guarda para nosotros emociones y sentimientos a la vez semejantes y distintos. Allá en lo más hondo del valle, donde el Genil forma el recodo, inmediata a la vuelta del Soto, está enclavada la Ermita del Dulce Nombre. Allí tienen su salida los pasos titulares en la noche del Viernes Santo. Allí se celebra uno de los cultos que más recuerdos traen a sabor de río. Hoy, por circunstancias, el barrio ha quedado algo desierto. Pero cuando llega la hora, allí estarán todos, fieles al llamamiento de la Madre de la Soledad, para hacerle

compañía. Parece que en esos días de Septenario, los cohetes que se lanzan se unieran a la alegría de los que llegan, al mismo tiempo que los invaden la nostalgia de las callejas y la suave brisa que emana del río.

Al entrar en la Ermita se quiere revivir, un año más, las notas que llegan desde el pequeño y estrecho coro de las Coplas que compusieron Miguel Gant y Miguel Romero y que interpretara un hermano que hoy no tenemos la satisfacción de escuchar: Mario Reina. Tanto nos llenan el espíritu que allí formamos un trío que nos hacemos mutua compañía. María, el río y los Hermanos.

Sola en el mundo
te hemos dejado,
crucificado,
tu Hijo Jesús.
Es tan profundo
tu amor sublime,
que nos redime
muerto en la cruz.

Pobre Madre está llorando,
al pie del Santo madero,
y el pueblo está rogando,
con un amor verdadero.

(Letra: M. Romero)
(Música: M. Gant)

Una interrogante bastante grande se abre cuando oímos pronunciar la palabra «in exitu». Estas palabras latinas, a cualquiera de nosotros nos trae el recuerdo del Santo Sepulcro. Cuando de El se habla, a muchos inspira una comparación entre el Ayer y el Hoy. Son dos vivencias distintas con la misma esencia.

Situémonos en el Ayer:

Noche del Viernes Santo. La calle «La Plaza» reboza de animación. Desde el Genil al Paseito de los Frailes, en esa noche, una serie de elementos se conjugan: El nostálgico sonido de la campanita. Los pasos rodeados por los hermanitos que los acompañan. Las pocas Corporaciones que en esta noche desfilan. Aunque hay mucha expectación en el ambiente, el cansancio físico se trasluce en los rostros de los Hermanos. A pesar del tumulto del gentío, hay algo que nos acongoja y oprime: es el Entierro de Cristo. Mezclado con el pasodoble de «Gloria al Muerto», que en esta noche interpreta, de modo exclusivo, el Imperio entre Paso y Paso al ponerse en movimiento, se oyen los sonidos producidos por los tambores de los Apóstoles. Las saetas cuarteleras se suceden. Los continuos colores cambiantes, que las bengalas esparcen sobre la multitud, lo convierten todo en un escenario singular. Detrás del Santo Sepulcro, unas voces gregorianas entonan continuamente el canto que la Iglesia puso en boca de los monjes a la Hora de vísperas. Es el atardecer. El paso del día a la noche. De la vida a la muerte: Cristo... yace.

In Exitu Israel de Aegypto...
domus jacob de populo barbaro
Facta est Judea santificatio eius
Israel potestas eius.

(Salmo 113- Popular en Puente Genil)

Viernes Santo al atardecer, la Plaza del Calvario ha quedado solitaria. El sol se ha ido escondiendo, y la luz, poco a poco ha ido agonizando. Ya muchos hermanitos, cada cual con su correspondiente atributo, bien de figura, bien de penitente, y con una breve reverenda ante el ya portalón cerrado, han exclamado: «¡Padre mío, hasta el año que viene!».

Parece que todo estuviera saturado de melancolía. Es un sello de tristeza, que lentamente se va apoderando del pueblo. Duelo universal por la muerte de Jesús. Pronto estará el «**infierno cerrado y abierta la inmensa gloria**». Quizás allá, sobre las tres de la mañana, y cuando tras la imagen de la Madre de la Soledad, se cierran las puertas de su ermita, se irán quedando desiertas todas las calles, como sintiéndose poseídas por la nostálgica tristeza que dejó el paso de Jesús y de su Madre.

Los hijos de la Puente, duermen el sueño reparador de las jornadas pasadas, y quizás en sus propios subconscientes oirán el grato son de la Campanita o los álgidos momentos de los vivos. A esa hora todavía, algún grupo de nostálgicos hermanitos, cantan a coro una Saeta, que el viento, suavemente, se llevará hasta perderse en la lejanía. El pueblo, poco a poco, es envuelto por el blanco cendal de la neblina que se levanta del Genil y que lo cubre cual gigantesca bóveda.

Envuelto en blanco cendal
su Santo Cuerpo reposa,
y por su muerte gloriosa
es el duelo universal.

En el funeral concierto,
a su bendita memoria,
los hombres tocan a muerto
y los ángeles a gloria.

Viernes Santo, triste día,
murió Cristo en el Calvario
y de la cruz descendía
al sepulcro solitario.

Y en quejidos lastimeros,
llenos de terror y espanto,
se estremece el orbe entero
la noche del Viernes Santo.

Y entonemos los mortales,
llenos de dolor profundo,
tristes cantos funerales
por el redentor del mundo.

(Letra: M. Romero)

(Música: M. Gant)

Noche del Jueves Santo. Amanecer del Viernes. En las casi desiertas calles de la Puente, se intuye un fuerte e incesante latir. Parece que por unas horas, el pueblo estuviese recobrando fuerzas: tranquilo, expectante, impaciente. Algo hay en trama. Se palpa en el ambiente. Las horas van llegando. La campanita comienza a oírse difusa, entremezclada con redobles de marcha.

Como por mágico reclamo, comienzan a fluir de las distintas calles los hermanos. El pueblo ha despertado del momentáneo letargo, para cubrir sus ansias y sus anhelos. Todos afluyen al mismo punto buscando el momento apoteósico. Ya está allí el Imperio: a sus pies. Arropado por el pueblo que, con El, espera impaciente su salida. La luna destaca nítida en el cielo. Grandeza y solemnidad son pobres palabras para definir el momento. Por fin, las puertas de la ermita se han abierto. Ya lo tenemos delante: omnipotente, sublime La impaciencia se acentúa. El desenlace está próximo. Unos interminables minutos y comienzan los primeros sonos. Jesús mismo parece conmovido ante su pueblo. Una corriente se establece entre ambos y la música. Las notas penetran en las almas cual afilado estilete. La emoción de los que ponen su corazón en la interpretación, se transmite entre los asistentes. Esta emoción, tendrá similitud con la que se siente durante la Cuaresma en las Funciones de Regla.

Desde el coro, el sonido producido por las gargantas, choca con las bóvedas del Templo, y todo él se hace eco, dando sonido a una de las composiciones que con más ardor cantan hoy los pontanos: El Batido.

Hoy, con nosotros, tenemos a un Hermano que prácticamente desde su juventud ha interpretado estas dos composiciones. La una, desde el metal, con el que tantas añoranzas ha hecho vivir allá en la Plaza del Calvario. La otra, no solo en nuestros templos, sino también en los cuarteles y calles de nuestro pueblo, y con su voz de tenor, matizando y midiendo el tiempo, ha hecho que muchos de nosotros hayamos aprendido de él el amor a María Santísima y al «Terrible».

«**H**ermano Joaquín: en este lugar, donde comenzaste hace cincuenta años, como recuerdo y con la sencillez que tú nos has enseñado, queremos simbolizar de boca de los que hoy no están con nosotros y de nosotros mismos, nuestro agradecimiento por tu labor de entrega y enseñanza. Que ello nos sirva de ejemplo y que los que en este menester estamos, seamos capaces de seguir tus pasos».

Batido por las olas de la vida
como la nave que perdió el timón
buscando un puerto, voy Virgen Santa,
con las penas de mi corazón.

Cuando furiosa la tempestad
hiere mi pecho con su rugir
tu dulce nombre me trae la calma
y una esperanza siento en mi latir.

Cuando te invoco en la soledad,
cansada el alma de padecer,
siento el consuelo de tu mirada
como la estrella del amanecer.

No me dejes, Madre mía,
con mi pesada cruz,
dadme la paz y la alegría
como un rayo de luz.

Bella estrella de los mares
que alumbra mi dolor,
templo del alma los pesares,
Madre, dame tu amor.

La cuenta atrás ha comenzado. En los cuarteles, las mesas puestas, las túnicas planchadas, las ropas, con los últimos toques dados. La «Borriquita» dentro de poco, estará en la calle. No hace falta decir que ¡POR FIN! estamos en Semana Santa: ¡Un año más!. No nos queremos despedir, ya que luego, o mañana, o el Jueves, estaremos tomando una «uvita» unos con otros; al fin y al cabo, todos vamos al mismo sitio: A las calles de «La Puente», a nuestros Cuarteles, a nuestras procesiones. De nuevo oiremos cantar, pero entre todos los cantos, habrá uno que quizás sea el más importante por ser el que cala más hondo, porque nos identifica con lo nuestro y porque al saberlo cantar todos, cuando se reúnan varios hermanos, como hoy, será el que los una.

Gracias

Alondras y ruiseñores,
cantan al venir el día
y en el cáliz de las flores
beben lágrimas que envía
la Virgen de los Dolores.